

25 cuentos  
populares españoles

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Ilustración de © Fabio Marras  
Colección dirigida por Félix García Moriyón  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© De la edición, José María Guelbenzu  
© De la invitación a la lectura, José María Guelbenzu  
© De las actividades, María José Coronado  
© Ediciones Siruela, S. A., 2021  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20  
Fax: + 34 91 355 22 01  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-18859-00-7  
Depósito legal: M-18.935-2021  
Impreso en Gráficas Dehon  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

# 25 cuentos populares españoles

Edición e invitación a la lectura  
de José María Guelbenzu

Actividades de María José Coronado

 Siruela

Colección Escolar 43 (Literatura)



# Índice

Invitación a la lectura	9
José María Guelbenzu	

## 25 CUENTOS POLULARES ESPAÑOLES

1. Las tres naranjitas	19
2. El agua amarilla	24
3. La calandria salvadora	33
4. El castillo de Irás y No Volverás	41
5. El cuarto prohibido	50
6. La novia del ladrón	57
7. Blancaflor	63
8. Perico el mago	78
9. Las mantecas del rey Hijón	84
10. El peral de la tía Miseria	94
11. La novia rana	100
12. Piedra de dolor y cuchillo de amor	107
13. Los tres pelos del diablo	113
14. La joven María y el príncipe lagarto	118
15. La mariposita	126
16. El carbonero y la Muerte	130

17. Una apuesta con el Diablo	135
18. El manto de oro	140
19. El anillo de «Por aquí»	147
20. Los tres hermanos	152
21. La niña de los cabellos de oro	157
22. La posada encantada	161
23. El amigo de la Muerte	164
24. El cocinero del rey	174
25. La niña sin brazos	184
Actividades tras la lectura	193
María José Coronado	
Por si quieres seguir disfrutando	231

## Invitación a la lectura

Los cuentos que vais a leer son cuentos populares de tradición oral. «Tradición oral» quiere decir que estos cuentos solo se transmitían de boca en boca, de unas personas a otras verbalmente y que no estaban escritos. No estaban escritos porque las gentes, en general, no sabían leer ni escribir, eran analfabetas, y aquellos pocos lectores que supieran leer también lo tenían mal porque aún no se había inventado la imprenta. Antes de 1450 lo más que había avanzado la difusión de la escritura se debía a los monjes de los monasterios, con copias contadas, y más tarde a los talleres de copistas, cuya producción era limitadísima. Entonces —se dirá el lector actual—, ¿cómo es que nosotros podemos conocerlos y leerlos ahora? Pues es bien sencillo: los cuentos se transmitían oralmente, lo que quiere decir que la única manera de conservarlos era memorizándolos; y gracias a la memoria de la gente que los conservó en sus respectivas cabezas es como han llegado hasta nosotros.

La transmisión, al principio, se hacía más o menos así: en aquellos viejos tiempos las comunidades de personas solían estar aisladas, de valle a valle; separados por las montañas, e ir de un pueblo a otro era un viaje

de días o de semanas, según las distancias y las dificultades del terreno porque no había carreteras; como mucho, caminos de tierra o caminos de mulas. Eran tiempos primitivos, medievales, etcétera... e, incluso, cuando los caminos mejoraron, se seguía viajando en carros tirados por bueyes o a caballo o a lomos de mulas. Si la gente vivía en alguna ciudad, al menos se veían sus habitantes de vez en cuando y les bastaba un paseo, largo o corto, para encontrarse entre ellos; pero las ciudades eran pequeñas en comparación con las que conocemos ahora, y en los pueblos, no se diga: acababan hartos de verse unos vecinos a otros cada día.

Pero de tanto en tanto llegaba a los pueblos toda clase de vendedores de artículos necesarios, desde una bobina de hilo hasta capas y mantas para abrigarse en invierno o telas para los trajes. Y la gente de los pueblos esperaba ansiosamente la llegada de estos vendedores o buhoneros, no solo porque traían toda clase productos, sino también porque, como iban de un pueblo a otro, traían noticias para los que los esperaban y se llevaban noticias para el pueblo siguiente, pues vivían muy aislados. Los vendedores y viajeros eran los que les informaban y transmitían las novedades de las otras comunidades de gente, bien de la misma región, bien de distintas regiones o poblaciones de la zona e incluso de más allá. En fin, que esos viajeros eran la radio y los periódicos de entonces. Y entre las noticias que traían de otros lugares, traían, cómo no, además de canciones, historias, leyendas y cuentos que habían oído contar a los vecinos de cada lugar, y ellos, como es natural, se las contaban también a los nuevos clientes.

Así es como los cuentos corrieron de boca en boca y a tales distancias que, por ejemplo, del cuento aquí recogido, que se titula «La niña sin brazos», pude encontrar una versión muy parecida en la tradición japonesa, o el de «La novia rana», conocido en Rusia como «La princesa rana». Y si las versiones no son idénticas es porque, al no estar fijadas por la escritura y al ir corriendo de boca en boca y de lugar en lugar, se iban produciendo variaciones porque cada uno las adaptaba a sus propias características y modos de vida, pero en sustancia eran semejantes.

Los cuentos, pues, se fiaban a la memoria de las gentes. Pero ¿solo interesaban por la curiosidad de saber cómo vivía la gente en otros lugares? No. Los cuentos tenían una función mucho más importante. Al vivir aisladas las diversas comunidades por causa de la geografía, se hacía necesario para cada una de ellas tener su propio código de conducta, y ese código también se transmitía oralmente entre sus habitantes. Un código de conducta establece lo que está bien y lo que está mal, así como los castigos a las faltas y los reconocimientos al buen comportamiento. Como el ejemplo era la mejor y más comprensible manera de transmitir los valores humanos positivos y excluir los negativos, los cuentos los representaban con sus historias a las buenas gentes de cada lugar y se convertían en ejemplos didácticos de los valores sociales. Esta era, por así decirlo, la enseñanza que se ofrecía a todos, niños y grandes, como si se tratara de una clase divertida y emocionante, una clase llena de historias y sucesos mágicos.

Para entenderlo mejor, tomemos el cuento titulado «La joven María y el príncipe dragón». En él, una mu-

chacha casada con un príncipe pierde a su marido por una maldición. Desconsolada, sola con su hijo, quiere buscar al marido, pero no sabe dónde; entonces un desconocido —al que se conoce en estos cuentos como «el donante»— le entrega un objeto mágico que ha de permitirle hallar a su príncipe, pero ella ha de hacer un esfuerzo para merecerlo; el objeto es, en este caso, un par de zapatos con suelas de hierro y le dice: «cuando hayas gastado las suelas, allí estará tu marido». Así que se echa a caminar por todo el reino hasta que un día llega a una ciudad desconocida, las suelas se han gastado y llega a tiempo porque en esa ciudad está el príncipe, pero a punto de casarse. ¿Cuál es el ejemplo, la enseñanza del cuento? Pues que solo con paciencia, voluntad y tesón se acaba logrando lo que se quiere. ¡Y no es mal tesón haber buscado hasta gastar unas suelas de hierro!

No solo los cuentos, sino también los valores humanos y de convivencia viajaban de un lugar a otro y se transmitían de comunidad en comunidad. La característica de estos cuentos, a diferencia de los modernos, era la de ser ejemplares. Los cuentos modernos se ocupan, sobre todo, de representar los problemas de su tiempo, sin intención de enseñar y ejemplarizar; los antiguos, en cambio, se ocupaban sobre todo de enseñarnos a comportarnos con las otras personas y con nosotros mismos; y por eso los cuentos antiguos solían tener al final una moraleja que resumía la enseñanza que contenían.

Mucho más tarde, en el siglo XVI, se llegó a la conclusión de que la función de la literatura era «enseñar deleitando». Había que reclamar la atención del público y, para educar a la gente, puesto que entonces ya existían

los libros de manera industrial, nada mejor que ayudarse de una buena y entretenida historia para difundir los conocimientos que la humanidad iba acumulando. Pero, mucho antes de que existiera la libre circulación de los libros, los cuentos de tradición oral ya habían demostrado su gran valor como forma de entretenimiento y enseñanza a la vez.

A medida que las sociedades progresaban, los cuentos de tradición oral eran despreciados como literatura. «Son unas historias muy simples y groseras que ya no tienen ninguna vigencia porque el mundo ha cambiado mucho desde entonces», se decía. Y claro que había cambiado, pero sobre todo en las formas, pues, como se suele decir: «No hay nada nuevo bajo el sol». Había cambiado la forma de vida, por supuesto, y donde antes había lentas carretas de bueyes ahora la gente se desplazaba en automóviles, pero ¿acaso habían cambiado las emociones, el amor, la ilusión de prosperar, los deseos, los valores y la necesidad de convivir? Ahora esas emociones viajaban en coche o en tren, pero, en esencia, seguían siendo las mismas emociones e ilusiones de nuestros primitivos antepasados. Lo cierto es que los cuentos quedaron arrumbados; se consideraban propios de pueblos ignorantes. Y así fue —aunque en el campo muchos de estos cuentos permanecieron oralmente porque no se les consideraba dignos de ser impresos en libro— hasta que, hacia finales del siglo XIX, surgió un movimiento de extraordinaria importancia para la literatura y el pensamiento, llamado Romanticismo, un movimiento decisivo en la evolución de las artes y el conocimiento, que pronto se extendió por todas partes. En literatura, el

primer Romanticismo tuvo un carácter histórico de reivindicación de las culturas nacionales y entonces surgió un interés notable por las tradiciones de cada país, lo que dio lugar al nacimiento de una recopilación de saberes y costumbres tradicionales bajo el nombre de «folclore». El mundo de la cultura volvió sus ojos hacia los viejos tiempos con el afán de recuperar la historia de cada una de las naciones y territorios y, naturalmente, hacia la sabiduría popular de cada uno de ellos como tesoro cultural. Por esta razón, surgieron en todas partes recopiladores de costumbres y tradiciones, que son las que hoy conforman el folclore de las naciones. A estos recopiladores debemos hoy que no se perdiera para siempre el enorme acervo de conocimientos de nuestro pasado más antiguo.

En España, el interés por el folclore apareció tarde, lo mismo que el Romanticismo. La primera persona que se ocupó de ellos fue una escritora, Cecilia Böhl de Faber, que firmaba sus obras con el seudónimo de Fernán Caballero. Después la siguieron otras personas interesadas, como Antonio Machado y Álvarez, padre de los hermanos Antonio y Manuel Machado, Aurelio M. Espinosa padre e hijo, Aurelio de Llano, Constantino Cabal... y otros muchos hasta el más actual, el cantautor Joaquín Díaz, que recopiló cuentos y también canciones populares. Todos ellos hicieron lo que se llama «trabajo de campo», esto es: recorrieron todas las regiones de España entre unos y otros buscando en los pueblos a los viejos que aún vivían y recordaban los cuentos y las canciones populares de transmisión oral. Y gracias a ellos hoy tenemos un verdadero tesoro de relatos y costumbres

en todos los idiomas y dialectos de nuestro país a nuestra disposición y que son una parte muy importante de nuestra historia, como los que vienen reunidos en esta selección.

Espero que os diviertan y los disfrutéis.

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU, 2021